Federico en Cuba

Si se tratara de otro país podría decir que Federico García Lorca llegó a Cuba con la primavera de 1930, pues arribó a la isla de marzo de ese año. Pero siendo Cuba, esto no tiene sentido, allí sólo se conocen dos estaciones: la de las lluvias y la de la «seca». De todos modos, para Federico el salto desde Nueva York al trópico sí debió tener algo del tránsito del invierno a la estación florida, ya que ciertamente cuando parte, en la Babel de Hierro se iniciaba la primavera y el viento que se encajonaba entre los precipicios artificiales de Manhattan tenía que ser aún frío y lacerante. En cambio en la Antilla soplaban, en los atardeceres, una brisa fresca que abatía el bochorno de los días. Por lo menos algo de esto sugiere la descripción que de La Habana le hace García Lorca al periodista Domínguez, de la revista *Blanco y Negro*, cuando viaja a la Argentina en 1933:

(...) el barco se aleja y comienzan a llegar, palma y canela, los perfumes de la América con raíces, la América de Dios, la América española.

¿Pero, qué es esto? ¿Otra vez España? ¿Otra vez la Andalucía mundial? Es el amarillo de Cádiz con un grado más, el rosa de Sevilla tirando a carmín y el verde de Granada con una leve fosforescencia de pez.

La Habana surge entre cañaverales y ruidos de maracas, cornetas y divinas y marimbos. Y en el puerto, ¿quién sale a recibirme? Sale la morena Trinidad de mi niñez, aquella que se paseaba por el muelle de La Habana.

Es exactamente el 7 de marzo de 1930 el día que Federico desembarca en la bahía habanera. Viene invitado por la Sociedad Hispano-Cubana de Cultura, que preside uno de los más talentosos intelectuales que haya producido Cuba en toda su historia, Fernando Ortiz, y debe pronunciar varias conferencias en esta institución.

Entonces no existían los grandes hoteles que despuntarían en la década del 50 —Habana-Hilton, Capri, Habana-Riviera: quizás únicamente se alzaba frente al mar el hoy venido a menos Nacional— y Federico es alojado en pleno corazón de la Habana colonial, o vieja, como le dicen los cubanos. El hotel donde le reservan habitación se llama Unión y es un edificio con un toque de clasicismo que, como la proa de un barco, acuchilla la confluencia de las calles Cuba y Amargura. Tal vez haya sido para él una suerte el lugar de su ubicación, pues andando por estas calles estrechas, de amplios zaguanes, enrejadas ventanas y balcones con balaustres debió tener la impresión de que caminaba por las rúas de Cádiz, en incluso el malecón habanero le recordaría al gaditano, amén de que en La Habana también hay calles y plazas que se nominan Carlos III, Apodaca, San Francisco. De aquí la referencia a la hermosa ciudad costera andaluza en su evocación de la capital cubana.

En un abrir y cerrar de ojos, literalmente, Federico se gana a los escritores, a los poetas, a los artistas, esto es, a sus iguales isleños. Con su prosa llena de vericuetos, pero legítimamente rastreadora del inigualable decir martiano, el valioso Juan Marinello lo confirma en este esbozo:

Conocí al gran poeta andaluz en su momento mejor. En 1930 vivía Federico un tiempo estelar. Muy joven, en el filo de los treinta, se nos mostraba como una fuerza erguida, bullente, victoriosa, inviolable a la declinación y al agotamiento. Era un muchacho —y ya había en esto una marca de su tamaño—

saludable y parlero, ebrio de vida y de canto. Un contacto breve con él dejaba la sensación que puede ofrecer un árbol lozano, un río encrespado, una mañana luminosa.

José María Chacón, ensayista, crítico e historiador literario, tan ligado por igual a las letras insulares como a las peninsulares, que lo acompañara a Caibarién e hiciera su presentación en la conferencia que Federico debía dar en esta ciudad marítima, lo conceptúa así:

Se ha dicho que Federico García Lorca, poeta de 28 años, nacido en Granada, formado, definido en un ambiente típicamente andaluz, es como cifra y símbolo de la nueva poesía española(...)

Y el escritor guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, que coincidió con él en La Habana, no vacila en calificarlo como «una leyenda».

A este carisma sorprendente e irresistible de Federico contribuiría en no poca medida su carácter decididamente extravertido, su irreprimible alegría, su comportamiento tan radicalmente anticonvencional. Desde que pronuncia su primera disertación en el teatro La Comedia, a platea llena, despierta la sorpresa —si no el deconcierto— no sólo lo inusitado de su reflexiones y su lenguaje relampagueantemente metafórico, sino incluso sus maneras y atuendo. En contraste con los colores «serios» que se supone debían cubrir a un disertante, Federico vestía aquella mañana de domingo un jersey de franjas y quizás en concordancia con la viveza de sus ropas, tituló su intervención *Mecánica de la nueva poesía*. El entonces joven poeta Nicolás Guillén estaba entre el auditorio, y con palabras tan iconoclastas como éstas ha recordado las charlas lorquianas:

En esas mañanas habló García Lorca, y sus conferencias alcanzaron una resonancia única, tan otra cosa como eran de las conferencias-conferencias, almidonadas y con vaso de agua, que dan las personas importantes cuando tienen que dar conferencias.

Marinello también registra el impacto: «el modo nuevo, genialmente arbitrario a veces de Federico —dice—, levantó en la Cuba de 1930 el ceño adusto de escritores maduros, presos sin remedio en las maneras transitadas». Desde luego, esta reacción sólo se produce entre las figuras más acartonadas, irremediamente protocolarias, y en consecuencia menos talentosas. Que es así lo prueba la aceptación que Federico tuvo entre la real inteligencia cubana. Otra vez en palabras de Marinello: «... es lo cierto que nuestros mejores hombres del año 30 ofrecieron al muchacho presuroso y alegre un homenaje de escritor clásico».

Cuatro conferencias ofrece en total García Lorca en La Habana, y la última se celebra el 6 de abril. Con ella debía concluir su periplo antillano. Pero su estancia va a prolongarse por dos razones: una, porque filiales de la Hispano-Cubana en provincias lo solicitan; la otra razón es que Federico debía tener ganas de quedarse en Cuba para conocer más íntimamente el país, o simplemente porque le gustaba. Sea por lo que fuere, el caso es que a lo largo de casi toda la delgada isla un público diverso escuchó sus consideraciones sobre *Las nanas españolas*, la *Imagen de don Luis de Góngora*, su visión de *El cante jondo*, y postulablemente también le oyeron recitar sus poemas, ya que es casi imposible imaginar que no se le hiciera esta solicitud, y más inimaginable todavía que Federico opusiera resistencia —él, que gustosamente hacía correr la poesía de sus labios como agua clara, la suya y la de otros poetas que amaba, toda la poesía—. Y por cualquiera de estos dos motivos, o por ambos a la vez, recorre Cuba desde la extrema provincia de Pinar del Río hasta la antípoda Oriente, cuya capital, Santiago, le inspira el poema que a partir de su inclusión en *Poeta en Nueva York* lo vincula creacionalmente a la Antilla mayor: «Son de negros en Cuba» o «Iré a Santiago».

Mientras permanece en La Habana íntima con el matrimonio español formado por María Muñoz y Antonio Quevedo, que vinieron de luna de miel a Cuba en 1919 y ya no se mar-

charon más. Los dos son músicos y ella dirige la Coral del Conservatorio habanero y él la revista *Musicalia*, habiendo ambos contribuido de manera decisiva al desarrollo de la música en Cuba. Federico, que ha llegado hasta ellos mediante sendas cartas de presentación de su tocayo Federico de Onís y Fernando de los Ríos, come frecuentemente en su casa, y son ellos quienes le presentan a numerosos escritores y artistas cubanos, a más de acompañarlo asiduamente en sus paseos habaneros y en sus desplazamientos al «interior», como la playa de Varadero o los valles de Viñales y Yumurí. Seguramente ellos lo familiarizan con la música cubana de resonancias africanas, y la sensibilidad de Federico que es tan poética como pictórica como musical, se la incorpora enseguida, como se va a hacer patente en su utilización lírica del son.

Igualmente a los pocos días de su radicación habanera, Federico es huésped puntual de una familia verdaderamente singular: la de los Loynaz. Está compuesta por tres hermanos —dos hembras y un varón—, poetas todos y descendientes de un prestigioso patriota cubano que peleó en la guerra de independencia de 1895 a las órdenes del General mulato Antonio Maceo y fue autor de una célebre y combativa marcha: «El himno invasor». Dulce, Flor y Enrique tienen una vocación artística a flor de piel y en cierta forma viven en consonancia con su vocación. Dulce María Loynaz es la más conocida, la de obra poética mayor —autora de poemarios como *Eternidad* o *Juegos de agua*—. Mas no será ella quien establezca el vínculo con el poeta granadino sino que éste se anudará por el lazo de su hermano Enrique. Flor le ha relatado así al periodista cubano Ciro Bianchi la inclusión de Federico en el círculo familiar. Vale la pena reproducir esta anécdota:

Conocimos a Federico del modo más gracioso. Cuando vino a La Habana mostró interés por tomar contacto personal con mi hermano Enrique a quien conocía por los poemas publicados en revistas literarias españolas. De manera que un día se presentó en nuestra casa del Vedado y explicó al portero el móvil de su visita.

El portero avisó, pero mi hermano a quien esperaba ese día era a un cliente llamado Pestone, con quien firmaría un contrato.

Enrique era abogado y redactó el documento de noche, supongo que medio dormido. Cuando le dijeron que lo esperaban, se tiró de la cama y se dirigió a la terraza del jardín donde se hallaba el visitante.

Sin mucho preámbulo le presentó el contrato y le pidió que lo leyera y firmara. Federico no mostró interés por el documento, pero preguntó dónde debía firmar. Enrique se lo indicó e insistió en que lo leyera, pero Lorca, aparentando no oírlo, estampó su firma.

Curiosamente con quien menos se amigó Federico fue con Dulce María, según ella porque Lorca «(...) Era bohemio, amante del desorden, y yo soy el orden personificado». Mas también —y quizá principalmente— debido a la «valoración que él hizo de mi poesía». Dulce no ha tenido empacho en confesar que a Federico no le gustaban sus poemas, llegando incluso a decir que «la obra de cualquiera de mis hermanos merecía ser más conocida que la mía». Naturalmente, sería demasiado pedirle que, en consecuencia, no le pareciera «intolerable su juicio crítico». Pero esta discrepancia no fue obstáculo para que Federico no fuese visita casi diaria de la mansión de los Loynaz, adonde, en la memoria de Flor, «llegaba a las tres de la tarde y pasaba el día tocando piano, cantando, escribiendo, recitando, leyéndolos sus obras y tomando whisky con soda».

Federico llamaría a esta villa —en la actualidad una ruinoso pero subyugante residencia de la calle Calzada, en el suburbio del Vedado, con sus deslavazados jardines y galerías que hablan de un tiempo estático o irreparablemente ya ido— «mi casa encantada», y a ellos, a sus anfitriones, dejaría al partir de Cuba una pieza teatral que había pergeñado en el hotel Unión, *El público*, no estrenada aún que yo sepa, y la cual, entre paréntesis, no gustó a sus depositarios los Loynaz. Es probable que la carga surrealista que posee les obstaculizara

su comprensión y el disfrute de ella. En este viejo hotel de la también parte vieja de la capital cubana, trabajó Federico a la par en sus obras *Así que pasen cinco años* y *La zapatera prodigiosa*. Curiosamente años después, y en un hotel semajante, el Ambos Mundos, otro escritor famoso, Ernest Hemingway, compondría una novela que acapararía igualmente la atención mundial, *Por quién doblan las campanas*. En cuanto a la «casa encantada», desde luego, entró en la leyenda. Pues leyenda fue, como se apresura a constatar el periodista Bianchi, «una cena que allí se ofreció, en la que todos los comensales vestían de negro y arribaban en coches también negros y tirados por caballos negros». Tal cena nunca se sirvió así a Federico, pero sintomáticamente cuando Lorca escriba su *Son*, dirá en uno de sus versos que a Santiago irá «en un coche de agua negra». Pero por el momento sí en algún automóvil de la época los Loynaz pasearon mucho a Federico por La Habana y sus alrededores, y en el recuerdo de Flor «nunca lo regresábamos al hotel hasta el amanecer». Y Dulce María no sabe si es cierto o no que alguna vez conservó la copa en que bebía Federico.

Angel Augier, biógrafo de Nicolás Guillén, y poeta él mismo, supone en una fervorosa semblanza que hace de García Lorca en La Habana, que «no pudo sustraerse al sortilegio poético del son cuajado en música espesa como miel», apoyándose para ello en otra aseveración, pero más concreta literariamente, que emite otro Angel (del Río) acerca del influjo que este ritmo negro ocasiona en él. Dice del Río: «Escucha y siente los ritmos afrocubanos que ya han creado en Cuba con Nicolás Guillén toda una tendencia nueva de poesía». Esto coincide con la memoria que de él da el propio Guillén al evocar que «le gustaba irse en las noches a las "fritas", a los cafetines de Marianao, donde ya está el Chori, y allí se hizo amigo de treseros y bongoseros». Sintomáticamente este ambiente fue pintado por Guillén y que era del gusto de Federico, fue plasmado en una modesta película que saltó a la publicidad al ser draconianamente prohibida por el Gobierno revolucionario cubano en 1961. La película se titulaba *PM* y su veto se debió a que los recién creados Instituto del Cine y Consejo Nacional de Cultura la consideraban «antirrevolucionaria». Nunca pudo exhibirse en las pantallas cubanas.

De García Lorca también guarda Guillén un simpático —o revelador— pasaje. Habían estado caminando juntos una mañana y juntos fueron a almorzar a una casa de la calle Animas. Antes de servirles la comida, la dueña les brindó ron «carta oro», esto es, de color dorado. Lorca levantó el pequeño vaso a la altura de los ojos y dijo: «Esto es ver la vida color de ron». Y añade Guillén que «se burló con mucha gracia y talento del viejo Campoamor...»

En cuanto a que el *Son* de Lorca tenga influencia de los de Guillén, ya es más hipotético, pues como se sabe Federico compuso el suyo estando en la propia Cuba y los «Motivos de Son» del poeta mestizo son justamente de ese año 1930. Por cierto que se publicaron en el más conservador de los periódicos cubanos de entonces, *El Diario de la Marina*, que mantenía una página dominical titulada *Ideales de una raza*, al cuidado de un intelectual negro, Gustavo Urrutia, y donde se daba cabida a las producciones literarias de los escritores «de color». En cambio sí es transparente, como lo advirtió Unamuno, que el más logrado poema de los del libro de Guillén *Sóngoro Cosongo* (1931), «Velorio de Papá Montero», acusa la huella indiscutible del *Romancero gitano*. Pero en loor del poeta cubano hay que agregar que él fue el primero en reconocerlo cuando en el congreso constitutivo de la Unión de Escritores de Cuba (1962), admitió con franqueza: «Nadie como él (Lorca) ejerció (salvo Rubén Darío) influencia tan pronunciada en los jóvenes poetas americanos.»

Por años estuvo en litigio si García Lorca había ido a Santiago de Cuba o no. La duda se debía a que un día, repentinamente, Federico se esfumó de La Habana, y a que su hermano Antonio Quevedo lo negaba. Hoy ya está aclarado el dilema: sí estuvo en la capital de la antigua provincia de Oriente. El crítico y por algunos años profesor de la Universidad

de Oriente, Jesús Sabourín, lo confirma en un trabajo justamente rotulado «Federico García Lorca en Santiago». Allí anota: «En el tren central llegó Federico, siendo recibido por el doctor Max Henríquez Ureña, presidente de la Hispano-Cubana en Santiago de Cuba». Brindó una charla en el local de esta institución —*Mecánica de la nueva poesía*—, pero con muy poca audiencia, dado que aproximadamente un mes atrás había tenido que ser suspendida una comparecencia suya que ya había sido anunciada. «... la noticia de que no podía venir para esa fecha (5 de abril) fue recibida con sensible retraso, el mismo día del acto». Posiblemente la «sensibilidad» santiaguera se sintió herida y quiso castigar al poeta cuando por fin tuvo lugar su conferencia no acudiendo a la misma. Poco se sabe de los días (ni siquiera cuántos) de Federico en Santiago. Pero sin duda no le falta razón a Sabourín cuando conjetura; «Aquí Lorca encontró al negro y su riquísimo folklore en una ciudad con la belleza y la melancolía de su Granada», pues inequívocamente Santiago es la más caribeña —es decir, la más mestiza— de las ciudades cubanas, y, por tanto, donde la impronta africana está más acuñaada.

Nada de esto tendría importancia si no fuera por la afirmación que Lorca hace en su Son de que «iré a Santiago», y de ser éste el único poema en que recoge su estancia cubana, además de estar lleno de claves respecto al país. Volvamos al testimonio de Marinello, pues es iluminador. Rememora el ensayista que estando Federico una tarde en su casa, en determinado momento «sacó de su bolsillo el borrador de su conocidísimo "Son de Santiago de Cuba" (...) La obra estaba apenas esbozada y mostraba mil derivaciones posibles, apuntando hacia todos los rumbos en las líneas de suave lápiz hechas en letra mesurada y vertical. Mi amigo me explicaba la razón de algunas alusiones...» Por ejemplo, «la rubia cabeza de Fonseca» o «el rosa de Romeo y Julieta». Las imágenes aluden a la marca de una fábrica de tabacos —puros— que creo aún existe. Al revelar estas claves, Federico le explicó a Marinello «cómo en la primera noticia de la existencia de Cuba le llegó en los estuches de tabaco que, de La Habana, le enviaban a su padre hasta su infantil Fuentevaqueros». En el centro de una de las láminas que ornaban el estuche —son verdaderas realizaciones artísticas, como los anillos que «anillan» a los puros— se veía la efectivamente rubia cabeza del señor Fonseca, dueño de la tabaquería, mientras a su vera Romeo descende la escala colgado del balcón de Julieta en la conocida escena del jardín de la obra de Shakespeare. Por su parte, a Federico le agradó mucho saber lo que a su vez le dio a conocer Marinello: que «el señor Fonseca, a quien ya había yo tratado mucho (ya con la cabeza rubia vuelta de plata), había sido hombre de muy buena sensibilidad y amigo y protector de artistas». Otro verso, «mar de papel y plata de monedas», hace referencia asimismo a las policromadas vitolas de habanos.

Más esencial, sin embargo, es la imagen en que Federico llama a Cuba «arpa de troncos vivos». Federico la explicitó de esta manera: Para él Cuba era como un arco de palmas y al atravesarlo tenía la sensación de hacerlo como por «un arpa gigantesca formada por millones de troncos sonoros, esperando que una mano descomunal, la mano de un dios músico, le arrancase una sinfonía queda y caliente». Quien haya escuchado el sonido del viento en las palmas entenderá enseguida la metáfora «troncos sonoros». Destaca Marinello que estos comentarios o epifanías de su poema, eran en la voz de Federico como una re-creación del mismo, y que al terminar repetía, como si lo acariciara, «el lindo verso que no aparece hoy en las versiones de las varias *Obras Completas*»:

¡Oh Cuba! ¡Oh curva de suspiro y barro...!

El poema se lo dedicó a Fernando Ortiz y lo puso en manos de sus entrañables amigos los Quevedo, que lo publicaron por primera vez en *Musicalia*.

Otro poema que apareció en edición príncipe en Cuba, en la *Revista de Avance*, fue «Poema doble del lago Edem», que le dejó a Marinello al marcharse.

Parece que a más de haber sido grata y animada, la estadía de Federico en Cuba no pasó superficialmente por su vida. Lo demuestra el hecho de que una visita que originalmente debía ser corta, se prolongó más de tres meses, pues Lorca zarpó para España ya entrado el verano de 1930. Y hasta el último minuto no hizo las maletas, como atestiguan los que lo fueron a despedir. Otra prueba son sus propias palabras. Asegura Marinello que él personalmente le oyó decir: «Aquí he pasado los mejores días de mi vida.» Confesión que concuerda con la que expresa Angel del Río en su biografía-ensayo de García Lorca: «... Se refería a sus días cubanos como a los más felices de su vida.» A estos datos hay que añadir lo que le cuenta la madre del poeta, doña Vicenta Lorca, a María Muñoz en una carta que le escribe en septiembre de 1930: «Mi hijo habla con entusiasmo tan grande de Cuba que yo creo que le gusta más que su tierra.»

No, no es por ello, sino porque le gusta mucho su tierra, su Granada, su Andalucía natal, que se enamora de Cuba desde el primer momento, pues si dos suelos y dos pueblos tienen grandes semejanzas son el del sur de España y el de Cuba. Todo esto se resume en una frase suya tan simpática como reveladora de su querencia cubana: «Si me pierdo, buscadme en La Habana».

César Leante